

El caballero y el pastor en algunas novelas de caballerías del siglo XVI: dudas y contradicciones en el tópico de las armas y las letras

ADRIANA AZUCENA RODRÍGUEZ
Universidad Autónoma de la Ciudad de México
México

El personaje del caballero y del pastor son figuras que representan ideales opuestos que convivieron en la península Ibérica a lo largo del siglo XVI. Opuestos que se complementan para dar cuenta de las aspiraciones sociales y estéticas de la época. El presente trabajo, entonces, se centra en un tratamiento del conflicto entre personajes por la supervivencia de sus respectivas representaciones (la del personaje del caballero, con sus rasgos de hombre de armas, y la del pastor, más adecuada para las preocupaciones amorosas y contemplativas). Considero que esta contraposición puede reconstruirse a partir de diálogos intra e intertextuales. Es decir, con la lectura y comparación de las obras en que los caballeros y los pastores se mueven en los mismos planos pero desde diferentes perspectivas.

Uno de los aspectos a contrastar es el del tópico renacentista de las armas y las letras bellamente reducido en la quinta estrofa de la égloga III de Garcilaso:

no te ofenda ni te harte
tratar del campo y soledad que amaste,
ni desdeñes aquesta inculta parte
de mi estilo, que'n algo ya estimaste:
entre las armas del sangriento Marte,
do apenas hay quien su furor contraste,
hurté de tiempo aquesta breve suma,
tomando ora la espada, ora la pluma" (*Égl.* est.5, vv. 33-40).

Y, justamente, los pastores son los protagonistas de estas églogas, con lo que, por oposición, puede considerarse una de las formas de concreción de las letras (pues entonan sus cantos, aman y se mantienen al margen de las preocupaciones bélicas y políticas) en oposición a las armas. Al mismo tiempo, los libros de caballerías incrementan su éxito, con un modelo de caballero que resultaba ya una anacrónica aspiración a un modo de vida separada de las condiciones reales de la guerra, ya encomendada a un ejército nacional y a las armas de fuego¹.

¹ Jesús Carrillo & Felipe Pereda, "El Caballero: Identidad e Imagen en la España Imperial", p. 185.

Este encuentro entre personajes inicia en la novela de caballerías, que reservan para el personaje del pastor la función de guía y acompañante incidental del caballero, como en el *Arderique* de 1517. Con el tiempo, el hombre de armas se detiene más tiempo en la aldea, llegará incluso a disfrazarse de pastor y cantará, acompañado de los instrumentos pastoriles, églogas dedicadas a damas retiradas a la vida del campo. Pero también el pastor intervendrá en la trama novelesca hasta convertirse en el protagonista de su propio género, acompañado inevitablemente de su contraparte, el caballero. Este intercambio activo nace, como se recordará, en las tradiciones italiana y portuguesa. En la italiana, con la intervención de Medoro en la pareja de Orlando y Angélica, intromisión que dará inicio al poema del *Furioso*. Y en la portuguesa, destaca *Menina e Moça*, del portugués Bernardim Ribeiro, obra que aparece hacia 1554, uno o dos años después de la muerte de su autor². El tópico del caballero tornado pastor tiene aquí modificaciones sustanciales: Binmarder se enamora de una dama a quien su cuñado protege de las miradas de los caballeros, por lo que sólo es capaz de gozar de su visión disfrazado de pastor; el autor propone formas de involucrar al personaje caballeresco en el paisaje pastoril: la llegada de personajes desde tierras lejanas, damas que voluntariamente se refugian en la naturaleza para hallar la soledad apta para los pensamientos tristes y el llanto. En cuanto a las condiciones de lectura, el relato de Ribeyro se plantea dirigido, sobre todo, a un público femenino; y el cúmulo de experiencias y reflexiones sobre la tristeza, la soledad o el amor se transmiten al lector en un tono confidencial, similar a los relatos pastoriles.

Pero en el ámbito hispánico, partirá de Feliciano de Silva en sus continuaciones al *Amadís de Gaula*, comenzando con el *de Grecia*, de 1530, en cuyos capítulos finales se encuentra un resumen de los primeros años de Florisel, uno de los múltiples descendientes de *Amadís*. En esta etapa de formación, su vida se entrecruza con la de Silvia, princesa criada como pastora, y la del pastor Darinel. Ambos jóvenes apacientan ovejas junto al río donde el pastor confiesa su amor a Silvia. Rechazado por su amada, Darinel se aleja a las montañas del reino de Alejandría “donde él folgaua por la soledad e allí andaua comiendo yeruas, contino tañendo e cantando cantares en queixas de Silvia”³.

Este breve pasaje será común en la novela pastoril: el paisaje bucólico, el motivo de la pastora que no desea entregar su amor a ninguno, el pastor exiliado, el consuelo del rechazo en la soledad y la música. Pero también presenciamos una transformación en la conformación del caballero: situarlo en el espacio bucólico en el momento crucial en que conocerá a la dama a quien consagrará sus futuras aventuras en una innovación con respecto a sus antecesores. Otro indicio, sin embargo, apunta a esa transformación: los nombres de la nueva pareja de caballero y dama: Florisel y Silvia. No son nombres comunes en la semántica caballeresca que llama a los héroes Felixmarte, Tristán, Amadís, Galaor, nombres que aluden al pasado militar europeo. En cambio Florisel, Silvia, son nombres que aluden a la vida pastoril: flores, selva, a la belleza del campo. Nos hallamos ante una de las transformaciones y adaptaciones del personaje del caballero en función de su permanencia como catalizador de las aspiraciones del individuo del siglo XVI: el caballero en la vida del campo, más apta para las disertaciones amorosas, para las aspiraciones de ocio de los estamentos superiores y para las necesidades de fuga de una metrópoli que acumula conflictos sociales de miseria y hacinamiento.

Según Herman Iventosch, el resurgimiento de la bucólica renacentista italiana se imprimió en los principales géneros de la literatura hispánica, y era un “punto de vista racional [que] implica la repulsa de la violencia esencial en la caballería, y el pastor y lo pastoril son los vehículos naturales para expresar este aspecto de lo racional”⁴. Si, en efecto, hay una oposición entre violencia caballeresca y sutilidad

² B. Ribeiro nació hacia 1482, vivió en Italia entre 1520 y 1524. Murió hacia 1552. *Menina e Moça* de la que se conserva un manuscrito anterior, fue publicada en Ferrara bajo el título de *As Saudades*.

³ Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia*, p. 569.

⁴ Herman Iventosch, *Los Nombres Bucólicos en Sannazaro y la Pastoral Española. Ensayo sobre el Sentido de la Bucólica en el Renacimiento*, p. 79.

pastoril, es evidente que la convivencia entre ambos modelos literarios fue conflictiva y tirante. Y es la obra de Feliciano de Silva un testimonio de esta concepción de modelos. Me explico: Darinel encuentra a don Florisel de Niquea en la selva, ahí le refiere la causa de su exilio. Acuciado por la belleza de la pastora, el caballero acudirá al lado de Silvia; por supuesto, la consecuencia del encuentro es el nacimiento del amor entre ambos. Florisel decide “tomar hábito de pastor”, no tardará en declarar su amor a Silvia, cuyo favor no obtendrá hasta defenderla de unos salteadores, es decir, hasta revelar su verdadera naturaleza de caballero. Hacia el final del *Amadís de Grecia*, Silvia, Darinel y don Florisel salen del bosque de Babilonia, del mundo pastoril, hacia la corte.

Así, por medio del personaje de Darinel, Feliciano de Silva continuó y amplificó el bucolismo en el marco de la novela de caballerías en el *Amadís* y en las primeras partes de la historia de *Don Florisel de Niquea* (1532-1535). Ya en la corte, la fortuna del pastor Darinel será, por lo menos, adversa: si bien no es un criado, recibe encargos y debe participar en diversos rescates que dan ocasión a disputas con otros personajes. Este es un rasgo determinante en la tradición pastoril desde las bucólicas de Virgilio, rasgo que se conserva en la égloga de Encina. Así, el pastor se verá reducido a objeto de burla por sus aficiones líricas y su abandono de la vida rústica.

Sydney P. Cravens analiza a profundidad el tema en su libro *Feliciano de Silva y los Antecedentes de la Novela Pastoril en Sus Libros de Caballerías*, y hace notar que Darinel se caracterizará, en el ámbito de la corte, por su rústica afición por la comida, la ridiculización de su apariencia en episodios como su destierro o su contacto con los enanos Bufendo y Ximiaca, y la grandeza de sus aspiraciones líricas dispares con su condición social. Tal actitud de escarnio podría ser representativa de un tipo de lector poco abierto a las innovaciones estilísticas que propone, en su evolución, la novela caballeresca. Por eso el autor tiene el cuidado de poner estas descalificaciones a las habilidades poéticas de Darinel en voz de personajes bajos, nunca del caballero que, si bien es superior socialmente, fue el primero en reconocer la delicadeza de sus emociones expresadas en sus cantos. Es decir, el caballero puede adoptar las sutilezas de la poesía, aunque el estilo de vida apto para la poesía no es el más adecuado para la vida del hombre de armas.

En la cuarta parte de la saga amadisiana de Feliciano de Silva, ya en 1551, Arquileo (seudónimo pastoril de Rogel de Grecia) y Poliphebo son nuevos caballeros disfrazados de pastores, trasladados ahora al Valle de Lumberque, poblado de príncipes disfrazados también de pastores y reunidos en torno a la emperatriz Arquisidea, dama aficionada al estilo de vida bucólico y la poesía de Teócrito. Los fingidos pastores entonan sus cantos acompañados de música de arpas, cantos que son capaces de fascinar a la naturaleza; casi simultáneamente, estos falsos pastores enfrentarán aventuras de caballeros.

Cravens continúa su análisis del inicio de la inserción del personaje del pastor en la novela de caballerías subrayando como recurso “la mezcla de personajes de diferentes niveles sociales, [y] la adaptación de varios recursos típicos de los libros de caballerías a los relatos pastoriles”⁵. Pero, como he venido señalando, también presenciamos en esta combinación, formulaciones extremas de las armas y las letras como ideales sociales y culturales que sólo se alcanzan en la poesía y la ficción, en personajes plenamente vinculados a sus respectivos modelos: el pastor y el caballero. Para mostrar que ambos ideales son incompatibles, al menos en un primer momento, volvamos a la obra de Feliciano de Silva, quien muestra las implicaciones de cuando un caballero decide convertirse en pastor y viceversa.

En los libros de caballerías como el *Amadís de Grecia* o *Don Florisel de Niquea*, se sugiere un aspecto de las transformaciones de ambos personajes como una metáfora del conflicto entre la vida dedicada a las letras y a las armas. A partir de ese reconocimiento del elemento cómico del que Silva reviste a Darinel, el contraste entre el ideal caballeresco y el pastoril revela su contradicción esencial:

⁵ Sydney P. Cravens, *Feliciano de Silva y los Antecedentes de la Novela Pastoril en Sus Libros de Caballerías*, pp. 109-112.

el caballero puede integrarse al mundo pastoril momentáneamente y cumplir con ese papel... hasta que una amenaza irrumpe en el espacio bucólico y su habilidad con las armas le permitirá restaurar el orden, mismo que lo devolverá a la vida caballeresca. En cambio, cuando el pastor decide incorporarse al ámbito del caballero, inevitablemente será objeto de ridiculización por su incapacidad en el manejo de las armas. Es cierto que esta percepción se aprecia en un género marcadamente favorecedor del estilo de vida caballeresco. Esta imposibilidad se irá matizando, sobre todo en la novela pastoril: el caballero permanece en la aldea una vez que ha logrado vencer los obstáculos para reunirse con la amada, y Lope de Vega cierra su *Arcadia* con la determinación del pastor de mudarse de la dedicación a la poesía hacia las letras.

Pero en la novela de caballerías, el debate entre la vida activa o la vida contemplativa, la acción o la reflexión, representaría, para los autores (y seguramente para los lectores) de las sagas caballerescas, una reacción al fenómeno que ya se hacía evidente en la estructura económica de la época.

El noble español, como el burgués italiano que en el Renacimiento instauró el modelo de cortesano, entra en disputa con individuos que auguran el final de su función política, económica y socio-cultural: el comerciante y el conquistador. Aun sin reconocerlo, España contaba, durante el siglo XVI, con una economía basada en el comercio y la colonización, actividades que implicaban una serie de riesgos pero también una movilidad social que atentaba contra la distinción feudal estamentaria. La consecuente acumulación de capital monetario desataba movimientos inflacionarios y desestabilizaba la economía rentista. En este marco económico, incluso los modos de entretenimiento se modificarían, como advirtió Baltasar di Castiglione en *El Cortesano*, de 1528, traducido en 1533 por Juan Boscán, una obra destinada a “formar un perfecto cortesano, explicando en particular todas las condiciones y calidades que se requieren para merecer este título”⁶, condiciones más cercanas al personaje bucólico: gracia y gentileza de cuerpo y rostro, habilidad para los ejercicios físicos⁷ y para tañer distintos instrumentos, lo que torna los “corazones más dispuestos a estar sosegados y contentos, así como los ejercicios corporales hacen ser el cuerpo más recio y más suelto”⁸. Se recomienda en el cortesano erudición para hablar y escribir bien, con la voz adecuada para cada materia tratada en el discurso⁹, para acompañar la conversación de cuentos, gracias, curiosidades y donaires¹⁰. El nuevo hombre de corte mostraría claras diferencias con respecto a los de generaciones anteriores: la dedicación a las armas se ha reducido considerablemente para la época.

Otro testimonio biográfico de la nueva actitud hacia las armas y las letras en el marco cultural e ideológico del siglo XVI es Jerónimo de Urrea, traductor del *Caballero Deliberado* de la literatura francesa y de la *Arcadia* de Sannazaro, antecedente de la novela pastoril y autor del poema épico *El Victorioso Carlos Quinto*. Todas estas obras respondían a la apertura de gustos de la nobleza. El sincretismo de los intereses de los lectores representado en el proyecto literario de Urrea muestra la diversidad de propuestas que convivían en los gustos literarios de la época.

Sin embargo, el rígido molde de los libros de caballerías tardaría un poco más en ceder su sitio al pastor. Y el lector promedio tampoco recibiría tal modificación sin un sobresalto. Esto explica la mo-

⁶ Baltasar de Castiglione, *El Cortesano*, cito por la traducción de Juan Boscán, p. 39.

⁷ Castiglione señala como ejercicio representativo español el juego de la *Arcadia* de Lope: “en jugar a las cañas, en ser buen torero, en tirar una vara o echar una lanza, [el cortesano] se señale entre los españoles” (*op. cit.*, p. 54). Advierte el autor que la diversidad de ejercicios tienen la función principal de “remediar el hastío que anda siempre envuelto en nuestra vida” (*idem*, p. 55).

⁸ *Idem*, p. 92.

⁹ *Idem*, pp. 69-71. También en este caso interviene la aprobación del juicio del público: “son admitidas y confirmadas por el uso, sin poderse dar otra razón dello sino solamente porque agradan y suenan bien al oído y traen suavidad y dulzura” (*idem*, p. 74).

¹⁰ Asunto que requiere a Castiglione prácticamente todo el segundo libro.

dificación del personaje en la novela *Olivante de Laura*, escrita por Antonio de Torquemada –quien ya había publicado un Coloquio pastoril– y publicada en 1564, es decir cuatro años después de la *Diana* de Jorge de Montemayor. Aquí aparece el pastor Silvano, quien maravilla a los caballeros con sus poemas y razonamientos sobre el amor. Torquemada pone en voz de Silvano algunos argumentos acerca del amor para explicar la belleza de su estilo “el amor, que a los rudos haze sabios y a los que poco saben discretos, y a los mudos haze hablar, como a mí”¹¹. El sufrimiento de Silvano tiene por causa el amor de Galarcia, hija del rey de Macedonia; su baja condición de hijo de pastores hace imposible la realización de ese amor, por lo que se ha recluso en la floresta a publicar su mal en versos acompañado de la churumbela, situación en la que es hallado por Olivante en su primer encuentro con el pastor. Ante esta confesión, Olivante manifiesta una evidente simpatía por el personaje, se solidariza con los sentimientos que comparte con el pastor y reconoce en Galarcia a su hermana.

Este motivo tan frecuente en la novela de caballerías tiene aquí una solución perfectamente válida aunque novedosa en el género español: Silvano es, en realidad, hijo del emperador de Constantinopla. Esta condición permite la igualdad de trato entre caballero y pastor, justifica el elevado tono discursivo del personaje y la belleza que lo engalana. Estos motivos se suman al ya empleado por Feliciano de Silva: juntos, pastor y caballero, partirán hacia la corte y Olivante se disfrazará de pastor y adoptará el nombre de Sileno. De este modo, “por passatiempo”, es decir, por diversión de las damas que no podrán sino reír de ver a sus pies a los enamorados pastores, Silvano y Olivante pueden acercarse a sus damas, Galarcia y Lucenda. De tal manera que, para la mayor aventura caballescaca, el acercamiento inicial a la dama, el autor elige como compañero del caballero al pastor: con esto, el personaje adquiere un mayor rango dentro de la dinámica novelesca de caballerías. El caballero, a su vez, gana en refinamiento al apreciar las formas poéticas y la pureza del amor surgido en medio de la naturaleza. Las dos posiciones opuestas comienzan a fusionarse y a limar sus asperezas por medio del recurso de anagnórisis, el reconocimiento de la noble cuna del pastor.

La conclusión a este encuentro de personajes y posiciones ideológicas se encuentra en diversos pasajes del *Quijote* de Cervantes, comenzando por la quema de la biblioteca del caballero. Al llegar a los libros del género pastoril, la sobrina exige su incineración ante el peligro que sanado el hidalgo “de la enfermedad caballescaca, se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que sería peor, hacerse poeta, que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza”¹²; como se infiere, la imagen del pastor se asocia, en todos los niveles culturales, a la poesía. Y más adelante, uno de los libros que se salvan del fuego es *El pastor de Filida*, porque, según el cura, “no es ese pastor, sino muy discreto cortesano”: pastor, cortesano y poeta, vuelven a aparecer como términos relacionados, y opuestos al ejercicio de la caballería. Más adelante, ya inmerso don Quijote en su aventura pastoril, la del sepelio de Grisóstomo y defensa de Marcela, el caballero expone sus reflexiones acerca de la vida de campo aludiendo a la época de oro descrita por Hesíodo, origen de la bucólica clásica y renacentista:

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes¹³.

¹¹ Antonio de Torquemada, *Don Olivante de Laura. Obras completas, II*, p. 219.

¹² Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Parte I, Capítulo VII, p. 118. En adelante, registro la referencia señalando, entre paréntesis y en ese orden, parte, capítulo y página.

¹³ *Idem*, I, II, p. 155.

Continuará Don Quijote su discurso señalando que esta edad de oro fue una época de paz, amistad y concordia, de zagalas desprovistas de adornos excesivos, en que el amor se manifestaba sin “artificioso rodeo de palabras”, y la justicia “se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese”. En cambio, sigue Don Quijote, “ahora, en estos nuestros detestables siglos [...] andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncella, amparar las viudas y socorrer los huérfanos”¹⁴. Así, don Quijote plantea que lo pastoril es un ideal rebasado por los defectos de los hombres, por lo que una fuerza superior, la caballería andante, debió imponer un orden por medio de las armas.

En otro episodio, ya en el capítulo xxxvii, “don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió a hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros”¹⁵ dio un nuevo discurso sobre las armas y las letras, a fin de establecer “cuál de los dos espíritus, el del letrado o el del guerrero, trabaja más”¹⁶. Por principio, el caballero advierte que el objetivo de la guerra no es sino la paz; más adelante, recrea una disputa en la que las letras exigen la preeminencia porque ellas establecen reglas incluso para la guerra; a lo que respondería la guerra que, sin ella, no habría repúblicas, ni gobiernos ni regla alguna. Según las pautas del debate clásico, Don Quijote ofrece argumentos para una y otra causa, muestra ejemplos y contraejemplos. Hasta concluir, ya en el siguiente capítulo:

Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de artillería, [...] con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que, sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala [...] y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos¹⁷.

Por esas razones, Don Quijote se apesadumbraba por “haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta”. El último caballero andante, en ambos discursos, realiza la síntesis de la concepción de los modelos a los que me he venido refiriendo: el pastor es la representación de una edad ya pasada de paz, armonía y reflexión, una edad dorada ya perdida en un mundo que necesitó de la edad de hierro, del caballero, para mantener la convivencia entre fuertes y débiles. La edad de hierro, sin embargo, terminaba para abrir paso a una edad de armas de fuego que desconocía el valor y arrojo de los hombres. De ahí que sea deseable, una vez más, el solaz y la sencillez de la edad dorada, de los valores que representaba el mundo pastoril, del refinamiento que se opone al desvarío de la modernidad, del que ya había tomado conciencia el cortesano, y respondido con una renuncia y una vuelta al ocio y el retiro, a la elección de una vida más vinculada al campo.

Esta es, probablemente la síntesis del encuentro entre pastores y caballeros y su aportación al tópico de las armas y las letras: una necesidad recíproca de defensa, por parte de lo pastoril, y de descanso, por el lado caballeresco; una aspiración a épocas mejores, de paz y de valor, que enriquecieran la poesía amorosa, la memoria de grandes héroes y la prosa reflexiva; en fin, un resguardo para las épocas difíciles que la vida del siglo XVI ya veía aproximarse.

¹⁴ *Idem*, I, ii, p. 157.

¹⁵ *Idem*, I, xxxvii, p. 464.

¹⁶ *Ibid.*, I, xxxvii, p. 466.

¹⁷ *Idem*, I, xxxviii, pp. 470-471.

BIBLIOGRAFIA SELECCIONADA

- CARRILLO, Jesús & Felipe PEREDA. “El Caballero: Identidad e Imagen en la España Imperial”. In: *Carlos V. Las Armas y las Letras*. Granada, Sociedad Estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, pp. 183-200.
- CASTIGLIONE, Baltasar de. *El Cortesano*. Trad. Juan Boscán, est. prel de M. Menéndez y Pelayo. Madrid, Revista de Filología Española, 1942.
- CERVANTES, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Ed. Luis Andrés Murillo, Madrid, Castalia, 2001.
- CRAVENS, Sydney P. *Feliciano de Silva y los Antecedentes de la Novela Pastoril en Sus Libros de Caballerías*. Valencia, Estudios de Hispanófila, 1976.
- DE SILVA, Feliciano. *Amadís de Grecia*. Ed. Ana Carmen Bueno Serrano & Carmen Laspuertas Sarvisé. Alcalá, Centro de Estudios Cervantino, 2004.
- IVENTOSCH, Herman. *Los Nombres Bucólicos en Sannazaro y la Pastoral Española. Ensayo sobre el Sentido de la Bucólica en el Renacimiento*. Valencia, Castalia, 1975.
- TORQUEMADA, Antonio de. *Don Olivante de Laura. Obras Completas, II*. Ed. Isabel Muguruza. Madrid, Eds. De la Fundación José Antonio de Castro, 1997.
- VEGA, Garcilaso de la. *Poesías Castellanas Completas*. Ed. Elías L. Rivers. Madrid, Castalia, 2001.

RESUMO: A personagem do cavaleiro e do pastor representam ideais opostos de aspirações sociais e estéticas no século XVI, sintetizados no tópico das “armas e as letras”, como se verá no análise intra e intertextual e no contexto de uma época em que os códigos de cavalaria são substituídos pela tecnologia bélica e pela criação de exércitos nacionais. Analisarei a evolução do *motif* do encontro entre cavaleiros e pastores no romance cavaleiresco da Europa do século XVI, até concluir com o estudo de várias passagens de *Dom Quixote*.

Palavras-chave: personagens – cavaleiro – pastor – armas – tópica

ABSTRACT: The character of the knight and the shepherd represent opposed ideals of social and aesthetic aspirations of the sixteenth century, synthesized in the topic of “arms and letters”, as I’ll show by intra and intertextual analysis, in Hispanic’s context, when codes of chivalry are replaced by military technology and creation of national armies. I’ll analyse the *motif’s* evolution or the meeting between knights and shepherds in the sixteenth century novel and prose to conclude with *Don Quijote’s* study.

Key-words: characters – knight – shepherd – arms – topic